

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURA

GUATEMALA, 3 DE JULIO DE 2021

IN MEMORIAM
Guillermo Paz Cárcamo

PRESENTACIÓN

Un gran amigo se nos ha adelantado y nos deja tristes, Guillermo Paz Cárcamo, el Patojo. Es unánime el sentimiento no solo para sus familiares y amigos cercanos, algunos de ellos externando sus emociones en nuestro

Suplemento Cultural, sino para quienes tuvieron acceso a su trabajo intelectual, permeado de pasión por la lucha por la justicia.

En Guillermo sobresalían algunos valores que explican sus opciones fundamentales a lo largo de su larga vida. En primer lugar, su sensibilidad social, luego, el amor por la verdad y la defensa de los marginados, y, finalmente, la esperanza aferrada a las posibilidades de cambio.

De otra manera no se entendería ni su lucha armada en los años de juventud ni su quijotesca labor editorial en el último trayecto de su existencia. En el fondo creía en la perfectibilidad del ser humano, compartía la convicción de antaño respecto a la realización de una utopía social en la que se pudiera convivir. Eso lo llevaba a recomenzar siempre uno y mil proyectos (de todo tipo, también las empresas sentimentales) con una tenacidad propia de gladiadores.

Lo suyo, sin embargo, no eran sueños fatuos o ilusiones absurdas, Guillermo vivía anclado en la realidad. Y estoy seguro que sufrió por el mal encarnado en el mundo. Quizá por ello se resistía a la fe en un Dios presumiblemente benévolo, la maldad era tan evidente que le era imposible afirmar deidades candorosas, muy preocupadas por los afanes humanos.

Con todo, no necesitó apoyos religiosos para amar al prójimo. Expuso su vida en años donde muchos pasan sin encontrarle un sentido y continuó sus frentes en períodos en el que también otros buscan el reposo aislado para disfrutar su bienestar. Por ello, no veía la muerte con tristeza o resignación, sino como un capítulo necesario, premio al esfuerzo realizado.

Ya te extrañamos, Patojo. Nos queda, sin embargo, los buenos recuerdos y tu ejemplo para no resignarnos y cruzarnos de brazo. Seguiremos la lucha, es el mejor reconocimiento del afecto compartido en el tiempo que se nos permitió vivir. Hasta siempre, buen amigo, ya nos encontraremos con alguna deidad para presentar nuestros reclamos por la infamia de su silencio o su complicidad con las entidades del mal.



MAESE GUILLELMO

JUAN ANTONIO CANEL CABRERA

Escritor

Que no se mueran los amigos es lo que uno quiere, que los buenos amigos nos acompañen siempre. Eso deseé con maese Guillermo Paz Cárcamo.

Pocos días antes de su muerte física padeció de unos quebrantos de salud. Todos pensamos que era algo pasajero; él me dijo por teléfono que con tictos de hierbas milagrosas, masajes de un quiropráctico y uno que otro talaguanstazo de cucha de San Martín Jilotepeque, se recuperaría.

Pero no. Fue muy triste recibir la noticia de su muerte.

Cuando conocí a Guillermo, mantuvimos una relación lejana; en parte, creo, porque él gozaba de una fama de bravo, peleonero, crítico mordaz, quisquilloso, criador de malas pulgas, etc. Así, a prudente distancia, nos mantuvimos algún tiempo.

A los tres, o cuatro años de habernos conocido tuvimos el primer encuentro realmente grato entre nosotros. Ocurrió en los últimos días de marzo de 2011. En esa fecha se realizó un encuentro de escritores en Chimaltenango, en el

cual coincidimos. El encuentro fue muy alegre y lleno de cordialidad. Tan así que, por la noche, luego de concluidas las actividades programadas, al cuarto en el cual nos hallábamos alojados Eduardo Blandón, Carlos René García y yo, llegaron Guillermo Paz Cárcamo, Maco Luna, Dennis Escobar y no recuerdo quién más. Por arte de magia surgieron las botellas de licor con las cuales remojamos la palabra hasta horas de la madrugada del día siguiente. Despiertos y conversando sólo llegamos Guillermo y yo, en medio de los ronquidos de Eduardo y Carlos René.

Recuerdo que esa conversación fue una puesta al día para Guillermo que, por los años permanecidos fuera de Guatemala, le era muy necesaria, según me dijo. En el cuarto, manifestó una gran curiosidad por saber sobre el ámbito literario guatemalteco y sobre la muchachada.

Luego de esa parafeada, aún

permanecimos distantes un tiempo hasta que, con algunos compañeros del PEN, comenzamos a hacer algunos viajes a El Salvador y Chiquimula. Fue a partir de esos viajes cuando comenzamos a acercarnos, por coincidencia de intereses literarios, históricos y de otras afinidades con Guillermo. Cada viaje nos daba la oportunidad de hablar, *in extenso*, sobre una variedad de temas interesantes que, siempre, nos obligaban a despedirnos en horas de la madrugada.

En las tertulias que armábamos comenzé a oír su sabiduría y generosidad. Me encantó la sencillez con la cual se conducía. En ese transcurso, comenzó a hacer vida común con su compañera Lilí Elías.

Nuestras conversaciones y la relación más cercana que comenzamos a tener me permitieron ver que, lejos de mostrarse como una persona enojada, gruñona y bronquera, era, como suele decirse: un pan de Dios.

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

Cuando comenté esa faceta amable con los compañeros, comentaban que tuve suerte porque no me relacioné con él cuando padecía la «enfermedad» de la soltería. Le hice ese comentario a Guillermo en una oportunidad; de manera lacónica y con una sonrisa de aceptación, me dijo: «ha de ser».

A medida que nuestros encuentros y conversaciones se hicieron más frecuentes, me comenzaron a interesar varias facetas de él; por un lado, su experiencia como guerrillero, su exilio y el abordaje que en sus libros hizo sobre temas polémicos; por ejemplo, sobre la construcción imaginaria que se hizo en torno a Tecún Umán, o Tekum Umám, como él lo nombra. La leyenda de Tekum, según Guillermo «fue una fantasía montada en el escenario de la vida colonial y republicana para escamotear, oscurecer, borrar de la memoria colectiva de los pueblos, a sus verdaderos héroes y dirigentes». Por otro lado, en general, tuve mucho interés en su recorrido como académico. Y claro, esos acercamientos hicieron que nuestra amistad permitiera confidencias y fortalecimiento de la amistad.

Algunas de las características de su personalidad que me agradaron bastante, fueron su sencillez, su modestia y, repito, su generosidad. Discurría sin imponer; su elocuencia estaba apoyada en dosificar el caudal de sus palabras que, como riachuelo, fluye de manera pausada y, a cada trecho, descansa en pozas refrescantes. Por eso era tan ameno conversar con él, preguntarle, indagar. Claro, mejor si era con algún incentivo líquido.

Su libro *Insurrectos* fue una ilusión que, cuando tuvo en sus manos la edición, lo puso muy contento; a la vez, como la gran diabla. Resulta que cuando me lo dio ya impreso, me puse a leerlo de inmediato. Desde que comencé la lectura, noté que estaba habitado por muchos errores; algunos de ortografía, otros de sintaxis y, sobre todo, de dedo. Mientras lo leía, iba marcando con lápiz los errores que detecté. Al concluir la lectura, le hice saber a Guillermo mi impresión sobre el libro. Sobre los errores, me dijo que él se dio cuenta casi desde que le entregaron la edición. Lo que sucedió fue que, por un error, el entregó a la editorial el pdf equivocado; es decir, no el que ya estaba corregido sino otro en el cual le faltaba la revisión atenta. No sé si, al final, imprimió la versión revisada; creo que no.

El tema de su participación en el movimiento armado fue algo que él miraba con espíritu crítico; sobre todo, al formularse la pregunta de por qué no se había ganado la guerra y a responderse desde su experiencia y tomando en cuenta los puntos de vista y experiencias de otros espectadores y participantes en ese asunto bélico. Supe de un libro que, al momento de su muerte, estaba escribiendo, precisamente, sobre el tema. Varias veces nos reunimos para dialogar en torno al asunto. Tuve la suerte de proporcionarle documentos raros que poseía en torno a ese momento histórico que, según me contó, le fueron de mucha ayuda. De repente, unos meses antes de su muerte, le pregunté:

—¿Cómo vas con el libro?

—Fijate que no he avanzado mucho —me dijo—, me ha entrado cierto desgano y voy muy lento; espero que más adelante recobre el ánimo.

Así que ese libro se quedó inconcluso.

Por otro lado, respecto a su generosidad, tengo bastante que contar pero, entre muchas muestras, él me animaba a que publicara mis libros; yo le argumentaba que, en buena medida, no publicaba

porque no tenía los fondos para imprimirlas. Entonces él me dijo que, por lo menos, comenzara a compartirlos para que él los leyera. Así fue como, uno de los dos libros que publiqué hace poco, él financió totalmente la edición y me la obsequió. Me enteré, también, de otros casos de escritores a quienes él ayudó económicamente para que publicaran sus obras.

Su generosidad no solo abarcaba lo material sino, también, otros ámbitos humanos en los que su solidaridad y disposición a ayudar se desbordaron.

Toda su experiencia de vida, a pesar de las vicisitudes por las que tuvo que transitar, lejos de hacerlo un ser amargado lo proveyeron de comprensión para entender al ser humano. Ese aspecto, en buena medida, lo hizo asentar su sabiduría y compartirla. Lejos de mostrarse como un ser amargado, a mí me pareció un ser humano dotado de alegría y buen humor. Sólido en sus ideas, pero comprensivo y respetuoso con las de los demás.

Recuerdo que, cuando murió Elías Valdés, Guillermo fue quien le propuso a Eduardo Blandón la idea de hacer un suplemento acerca del escritor chiquimulteco. Guillermo apreciaba bastante a Elías Valdés y aguantaba de buen grado las bromas que el viejo le hacía respecto a la cola que él se hacía en el pelo. Cuando nosotros llegábamos a Chiquimula y Guillermo no nos acompañaba, Elías nos decía:

—¿Por qué no trajeron al de la colita? Ya tenía listas las tijeras para cortársela y que parezca machito.

A Guillermo le daba risa y decía: «un día de estos le voy a dar gusto al viejo». Pero Elías se adelantó.

—Se murió el viejo —me dijo Guillermo—; se fue sin darse el gusto de quitarme la cola.

En el suplemento que le sugirió hacer a Eduardo, Guillermo iba a participar; sin embargo, ya no pudo hacerlo por la indisposición de salud que lo afectó. El sábado 22 de mayo le compartí el suplemento sobre Elías, de manera electrónica, y lo vio. Lilí me escribió diciéndome que estaba contento por la publicación. Jamás pensé que al día siguiente muriera. Me dio mucha tristeza.

Y bien, vayan estas líneas a manera de abrazo y agradecimiento para Guillermo Paz Cárcamo por su amistad.

De verte tengo, maese Guillermo.



Conocí a Guillermo Paz Cárcamo -apodado “El Patojo” por ser el más joven miembro de la primera guerrilla que se organizó en Guatemala en 1961 a iniciativa del “chino” Jon Sosa y de un grupo de militares descontentos con la situación del país en aquella época-, en París a mediados de los años setenta, cuando él estudiaba sociología en la Universidad de Vincennes. Yo había sido becado para hacer una especialización en Psicología Social y el encuentro con estudiantes guatemaltecos y otros centroamericanos era inevitable.

RAÚL DE LA HORRA
Escritor

De aquellos tiempos marcados todavía por lo que se dio en llamar el espíritu de la Revolución del 68 en Francia, conocimos la euforia que suscitaba entre los jóvenes el triunfo de Vietnam sobre los Estados Unidos y el triunfo de los sandinistas contra Somoza, entre otros. Eran épocas heroicas en las que se pensaba que un cambio radical hacia una mayor justicia social en nuestros países era posible, a pesar del golpe militar que había sufrido el gobierno de Allende en Chile. Uno iba a la Sorbona a escuchar a Jean Paul Sartre, a Althusser y a Roger Garaudi, y el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal llenaba a reventar las salas de espectáculo, junto con Mercedes Sosa y otras eminentes de la canción de protesta.

En la Ciudad Universitaria de París, donde viví los primeros años de estudiante en la Maison de l'Asie du Sud-Est, conocí a una querida amiga salvadoreña, Olga Baires, también al salvadoreño “Chico” Francisco Díaz, al psiquiatra Roberto Ocón, y al cura nicaragüense Joaquín Rodríguez con quienes establecí lazos de amistad imborrables. En mi cuarto nos juntábamos el querido y siempre recordado René Poitevin, así como Carlos Castillo, ambos ya fallecidos, el “Gordo” Vides, otro sobreviviente de la guerrilla guatemalteca que nos narraba sus andanzas, el “Zurdo” Sandoval, y entre todos ellos, Guillermo Paz, “El Patojo”.

De Guillermo siempre me gustó su manera prudente, analítica y serena para juzgar sobre los acontecimientos y las personas, así como su actitud conciliadora y positiva sobre temas espinosos relacionados con la izquierda guatemalteca, lo que no era el caso de otros conocidos, mucho más beligerantes y dogmáticos. De las pláticas que tuvimos en aquel entonces, y muy posteriormente, cuando nos volvimos a encontrar en Guatemala después de muchos años, hay una que siempre recordaré por sencilla y significativa, y porque sintetiza la personalidad de Guillermo en toda su dimensión.

Un día le pregunté a Guillermo por qué se había metido a la guerrilla y él me respondió lo siguiente: “Porque cuando en 1954 se dio en Guatemala el golpe de Estado contra el gobierno revolucionario de Jacobo Árbenz, organizado por los Estados Unidos, yo era un adolescente que disfrutaba muchísimo las refacciones (en Guatemala se le llama “refacción” a la merienda) que nos daban por las tardes en las escuelas públicas. Y bueno, ¿sabés cuál fue una de las primeras medidas “anti-comunistas” que adoptó el fantoche de Castillo Armas cuando tomó el poder? ¡Anular las galletas y la leche de la refacción! ¡Imaginate, qué estupidez! Y



eso representó para mí una tal bofetada, una injusticia tan grande, que años después, cuando se formó la primera guerrilla, yo tomé la decisión de incorporarme en ella para luchar contra un sistema que les arrancaba a los niños su comida y sus derechos”. Eso fue lo que Guillermo me contó. Y me dejó tan impresionado esta anécdota, que cada vez que él y yo nos veíamos,

me era imposible no pensar en ella, incluso hasta el día de hoy, en que todavía me retumba en los oídos.

Por eso es que ahora, ante su triste fallecimiento, he deseado compartir con ustedes el pequeño recuerdo de este valiosísimo amigo que sabrá siempre encender en mí los suspiros de la nostalgia y de la imaginación.

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD: GUILLERMO PAZ CÁRCAMO

ANTONIO PAZ
Hijo de Guillermo Paz Cárcamo

Sus escritos sobre personajes latinoamericanos sumergen al lector en las historias personales y humanas de quienes describe. Hasta La Negrita, la Virgen de Costa Rica, un ser que ya no es de este mundo terrenal, participa y se pone de parte de la justicia en una actitud sospechosamente cercana a la humanidad. Frida Khalo, Chavela Vargas, Galeano, Vargas Llosa y otros personajes son abordados de este modo andariego. Y digo andariego porque uno camina velozmente por estas historias, devorando la verdad que Guillermo Paz quiso transmitir con palabras sencillas y artísticamente hilvanadas.

Decir que se enfocó en un tema sería faltar a la verdad. Y paradójicamente, siempre sus escritos se amarraban sobre el mismo eje: darle espacio a la verdad en la Historia. Dedicaba su tiempo a la búsqueda de la verdad, toda vez que la Historia se veía amenazada por interpretaciones fantásticas, por hechos manipulados o por intervenciones perversamente falsas. Era indispensable, para asegurar la existencia de uno de sus idearios: la Historia es la madre de todas las ciencias.....

Nadie se salvó de ese tratamiento: ni Tecum Umam, ni Mixco Viejo, ni Miguel Angel Asturias, ni la forma como algunos historiadores enfocaron lo que fue la reforma agraria. Ni siquiera él mismo se salvó. En el libro donde describe su participación en algunos eventos históricos, Guillermo Paz es un personaje más, y el relator es un ser omnipresente que detalla la realidad y los hechos. Los hechos "reales" como dirían algunos. Evidentemente el relato discurre cercano a su personaje, pero es sólo porque el libro es su testimonio de lo ocurrido. No puede ser otro testimonio más que el propio. Es la realidad que vivió, pero descrita sin sesgos ni falsos protagonismos.

La pluma literaria se le empezó a desarrollar poco a poco. Ya para sus años de profesor universitario desarrolló varios libros con enfoque socioeconómico. Resalta un libro que versa sobre economía, quizás el más conocido y buscado a nivel internacional, donde estableció la necesidad de desarrollar estructuras capitalistas en un país con un esquema feudal. Pero el torrente literario se da posteriormente. Casi por accidente.

Todo empezó por querer desarrollar un compendio sobre

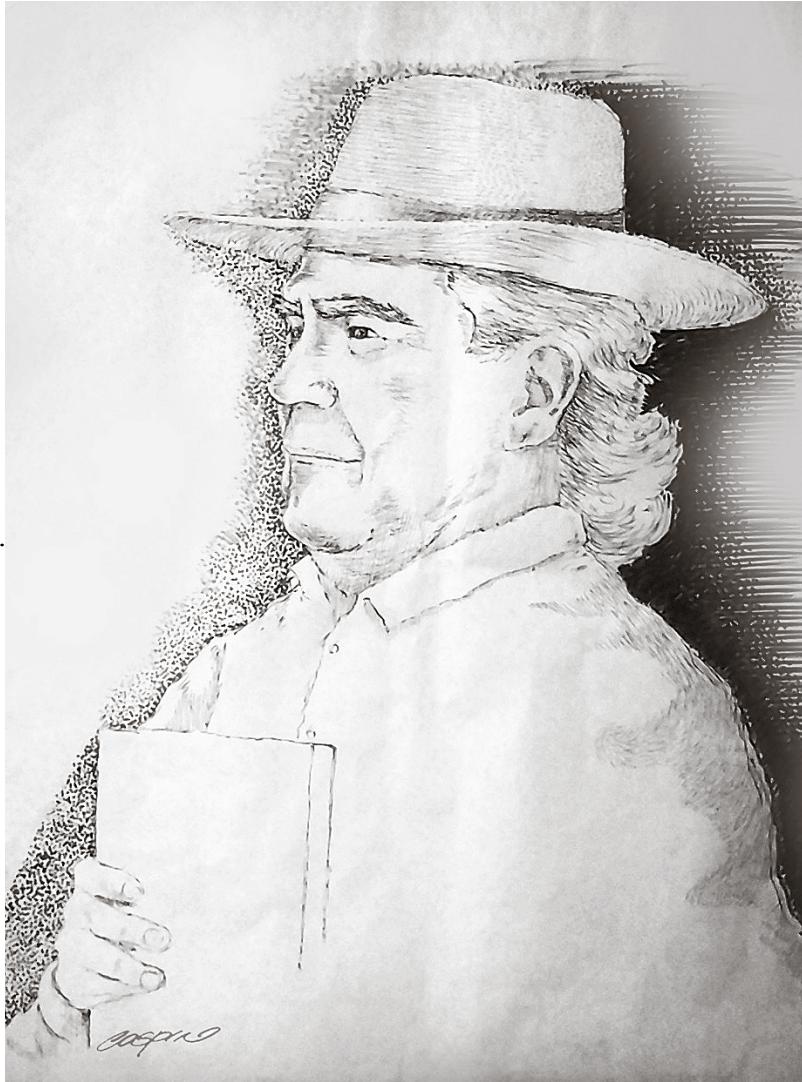


Ilustración: Marco Antonio Cospin, "El Buki".

las puertas de Antigua Guatemala. Saltándonos los intermezzos, luego empezó a tomar fotografías de sitios arqueológicos. Y por una serie de eventos se encontró una gran injusticia histórica: se describían los hechos de un sitio arqueológico omitiendo la verdad sobre el proceso de conquista. Había que rectificar, porque las falsas historias perpetúan las injusticias en este mundo.

Lúcido hasta el final, siguió dispuesto a ofrecernos su obra. Aún el 5 marzo de 2021, tres días después de su natalicio número ochenta y tres, publicó un escrito con un análisis histórico que le requirió trabajo y concentración

durante semanas, donde incluye a Vargas Llosa, a José Figueres Ferrer, y a la derrota napeolónica en Rusia, todo en el camino de su crónica sobre el compositor ruso Tchaikovsky.

Su legado es mucho más que literario, tal como lo muestra su autorelato histórico, su trayectoria universitaria, su participación en el Gobierno de Costa Rica, su coautoría de leyes, y un largo etc. Además de su propia producción literaria, participó en círculos de escritores donde apoyó a nacientes escritores, donó su obra para asegurar la diseminación de la verdad, y por supuesto fue un padre que apoyó el desarrollo de

sus hijos, parejas y exparejas, a sus amigos y sus allegados.

Con las compañeras con quienes compartió, siempre generó un grupo creciente de amigos y conocidos que se acercaban a conversar de cualquier tema imaginable. A los hijos se les permitía e incluso se les animaba a participar. Algunos temas eran demasiado escabrosos, pero a sus descendientes siempre les quedaba la idea principal: hay que conversar e incluso discutir si uno quiere llegar a la verdad.

De sus compañeras de camino, cada una fue de gran importancia para él, aún cuando con el tiempo se hubieran dado cambios por desavenencias, por situaciones que requerían tanto de la verdad como de otros componentes para lograr soluciones. Este último año, nuestra "normalidad" pandémica lo afectó enormemente. Extrañaba la compañía de sus amigos y conocidos con los cuales conversaba y con quienes mutuamente se enriquecían.

Aún cuesta creer que ya haya partido de nuestro mundo. Dicen que los seres amados dejan de existir cuando se les olvida. Puede parecer difícil que pase esto con Guillermo Paz Cárcamo, considerando el legado escrito que nos deja. Sin embargo, sólo continuará existiendo mientras los que lo aman, anímica o intelectualmente, lo mantengan presente, tanto a él como a ese ideario de la verdad con el cuál vivió.

Sólo un libro nombraremos, Kají Imox, tanto porque es un ejemplo paradigmático de la búsqueda de la verdad en razón de solucionar injusticias históricas, como porque ahí escribió: "Para un pueblo que considera el tiempo cíclico, el acto de irse presupone un regreso eventual. Los acontecimientos son simplemente puntos en un ciclo gigantesco de tiempo cósmico."

EN MEMORIA DE MI AMIGO GUILLERMO PAZ CÁRCAMO

INSURRECTOS

EDUARDO BLANDÓN

Profesor y académico universitario

Insurrectos es una obra que puede ubicarse, si los estudios y críticos literarios me conceden la licencia, en ese género que llaman “literatura testimonial”. Se trata de un relato que sigue esa tradición que rememora las luchas personales con el interés, quizá entre tantos, de dejar constancia histórica de las vicisitudes vividas en un período determinado.

Mi texto, sin embargo, quizá para fortuna de algunos, no se centrará en la exposición de la naturaleza, importancia o función de ese género particular de las letras. Lo mío es más modesto: deseo comentar el trabajo del autor para subrayar los elementos que considero de valor, dignos de lectura y posterior estudio especializado.

En ese sentido, llamo la atención en primer lugar, al deseo de Guillermo de referirse al *Patojo* en tercera persona. Esa decisión le ofrece al autor, me parece, aunque puede ser discutida, la

oportunidad de distanciarse para no verse involucrado en protagonismos innecesarios ni poses que muestren la singularidad de sus acciones. De ese modo, aunque el *Patojo* no oculta sus sentimientos, aparece como uno de los tantos personajes de la trama desarrollada.

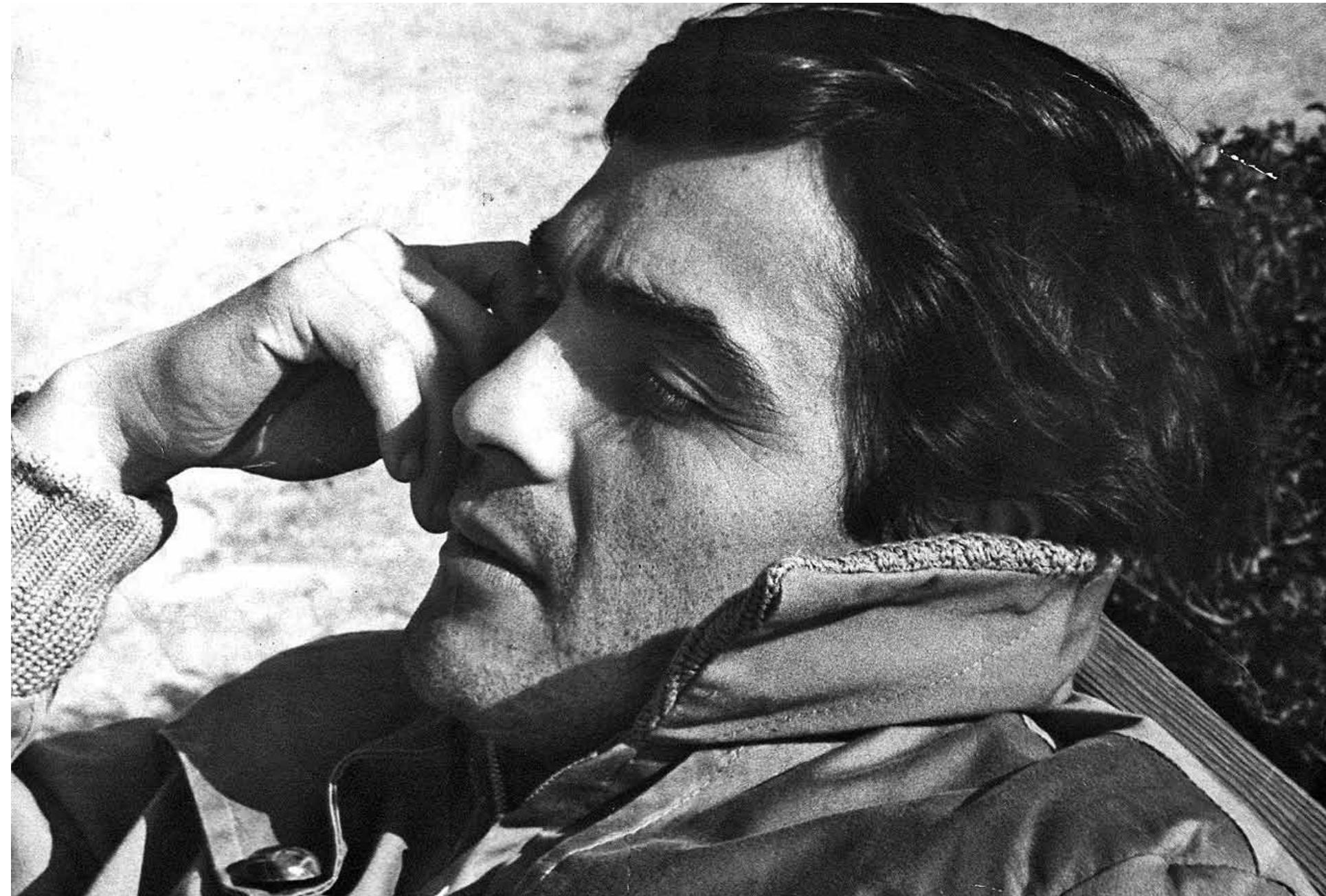
En esa misma línea, el relato describe unos acontecimientos en el que los personajes son parte de un concierto donde las acciones de unos afectan a los otros y la armonía a veces no se consigue por las notas discordantes de una humanidad siempre frágil.

Así, el texto es, muy a lo Nietzsche, “humano, demasiado humano”. Lo cual es un valor

porque obedece a un relato franco en los que el *Patojo* muestra el zigzagueo de unas circunstancias a menudo insalvables. Cruda realidad de la que no todos participamos de la misma manera.

Esa conciencia de los desajustes existenciales y el destino aparentemente oprobioso de algunos es la que conduce al *Patojo* por senderos que quizás solo ahora comprenda. Algo que por lo demás, si fuéramos un poco audaces podríamos suponer ya estaba contenido en su “código genético”. Ello por la genealogía que el mismo Paz Cárcamo hace de su propia familia.

Quiero decir, que su sensibilidad



hacia las clases desfavorecida puede ser atribuida también a esa larga línea consanguínea que da pruebas de una familia con conciencia social. Un rápido examen a la obra, testimonia que más allá de la formación militar de algunos de ellos (si puede ser esto un óbice), hay una preocupación real hacia la gente humilde que los circunda.

Creo que esa sensibilidad del *Patojo* lo habilita para recuperar detalles de su propia historia. Como cuando Guillermo relata el “calorón” sufrido en alguna reunión, “los nubarrones negros” y “la brisa gélida” sentidas a campo abierto; y hasta “los pertinaces ahuevamientos” pasados al escapar de un cerco militar.

El libro es un intento también por recuperar la idiosincrasia de su pueblo. La memoria de hombres con temple, rudos, valientes y laboriosos. La simplicidad de sujetos aferrados a la tierra y a la vez con apertura a lo sobrenatural. Esa magia la vive el *Patojo*, por ejemplo, cuando el abuelo lo despierta y le anuncia el fin de su vida.

En esa clave de interés, centrado en lo guatemalteco, es que se comprende el apodo de la mayoría de los compañeros de lucha del escritor. Al punto que puede hablarse de un compendio de pseudónimos que recoge esa manera de llamarse entre ellos: El Bolo, El Patojo, Chucha Flaca, Cabezas, El Picudo, La Canche, La Watusi, El Judío, Pata de Trapo, Mochilitas, Cabra Loca, El Rata, El Pizarrón, El Cura y un más o menos largo etcétera.

Asimismo, queda plasmado ese lenguaje coloquial cuando en el texto, los hombres al orinar se *la sacuden*; al evocar el peligro ocasional de *romperse el sereguete* o cuando se menciona a la *cashpiana*. Sin olvidar, cómo no, la convicción de que *la gente es huevuda*.

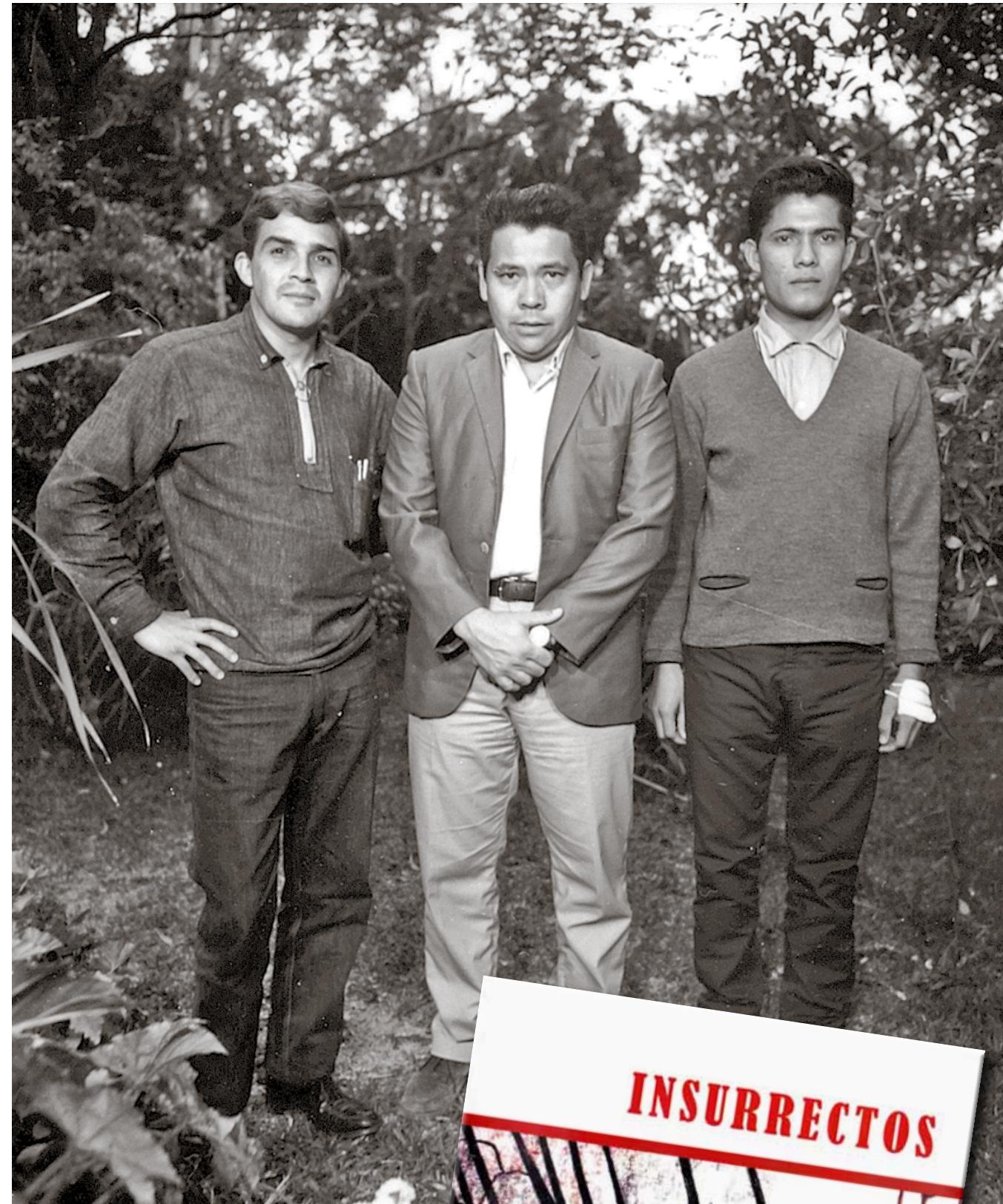
Más allá de lo que pueda parecer gracioso, el *Patojo* mantiene una crítica fundamental hacia dos actores que identifica como los artífices de nuestro mal nacional: Los militares, a quienes llama “chafarotes de mierda”, y los gringos, de igual naturaleza. A la postre, sin embargo, y al parecer con justicia, la crítica la extendió hasta la dirigencia guerrillera por esas actitudes definidas como “chafarotiles y caudillistas”.

Hasta aquí pareciera que el libro sea un compendio de sacrificios y luchas. Pero hay momentos emotivos que el autor se encarga de darnos a conocer. El primero, se refiere a la valentía con que el coronel Herculano Hernández, defiende al *Patojo* de la muerte, frente al jefe del Estado Mayor del Ejército, coronel Miguel Ángel Ponciano.

“*Vergüénlo si quieren, tortúrenlo si quieren, pero no lo maten, porque si lo hacen, tu alma se perderá en el infierno del desprecio de todos nosotros...* Y como hombre te digo que, si matan al hijo de Paz H., militar también, mi sobrino también, te hago responsable de esa muerte y yo personalmente te la cobraré... y... vos sabés que siempre cumplo la palabra empeñada. Así que pensalo y pensalo muy bien, para que no nos veamos, vos y yo, en un problema irremediable”.

El otro episodio emotivo tiene que ver con la relación amorosa del *Patojo* con Lubia. Un trato que al superar lo erótico revela la candidez en una edad que coincide con los ideales heroicos de los protagonistas. Un amor que queda sellado en las palabras de Guillermo:

“Te quiero tanto... te llevo y te llevaré siempre

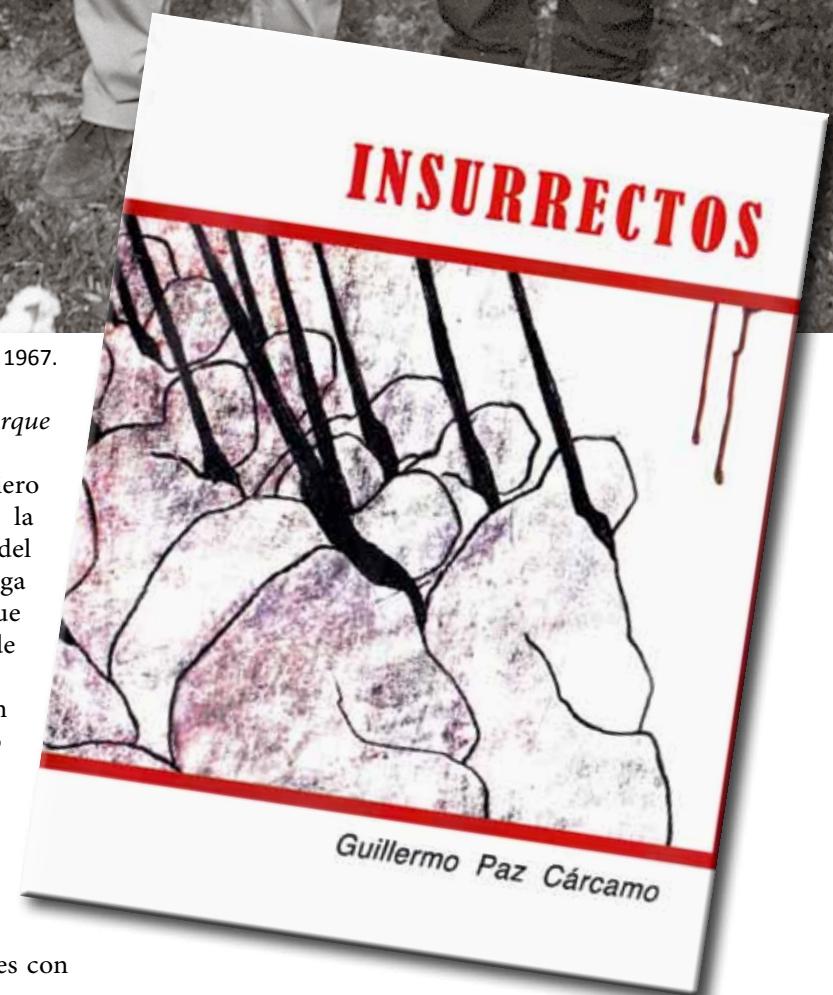


Guillermo Paz, Yon Sosa y Cahueque, Cuernavaca, 1967.

dentro de mí... mientras esté vivo y viva porque lo estoy por ti... te quiero... mi corazón...”.

La última experiencia emotiva que quiero mencionar se refiere al sacrificio de la francesa Michelle Firk, muerta a manos del Ejército en su residencia. Ella se encarga de revelarnos la fragilidad de la vida que adquiere valor cuando se lucha en favor de los más desfavorecidos.

Se podría seguir hablando del libro, con el peligro de aburrir y hasta evitar que lo lean. Evocar, por ejemplo, el surrealismo de la historia de “*El Cura*” quien continúa sus apariciones fantasmales en su pueblo; referirnos al fracaso de “*El Pizarrón*” en su entrenamiento por la Sierra Maestra o hablar de la experiencia del *Patojo* en Vietnam. Pero hay que dejar a los lectores con ánimo e interés por el texto.



EL INSURRECTO

QUE DE PATOJO TOMÓ LAS ARMAS Y DE ADULTO LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

DENNIS ORLANDO ESCOBAR GALICIA

Periodista

Cuando lo conocí -allá por 1995- tenía pelo corto, con una cana por aquí y otra por acullá; usaba camisas de cuello chino, pantalones y chalecos con varias bolsas y cámara fotográfica en ristre. Parecía que andaba de safari. Posteriormente supe que trajinaba en búsqueda de conocimiento, principalmente en el área sociológica y antropológica. Años después seguía vistiendo igual pero con el cabello grisáceo y tan largo que se ponía coleta. Y es que había ahondado en la cosmovisión Kaqchikel y se sentía identificado con los abuelos de este histórico pueblo. Elías Valdés, el fecundo escritor chiquimulteco, falleció días antes y se fue con ganas de cortarle la coleta. Recuerdo -aún ruborizado y pensando qué hacer- cuando don Elías le dijo a Guillermo -medio en broma como todo oriental- que le iba a cortar la colita.

Guillermo Antonio Paz Cárcamo fue llevado en varias ocasiones a Agronomía de la Usac -invitado por el sociólogo y literato David Pinto Díaz- para que conversara sobre temas de las ciencias sociales. Ambos convivieron en la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), país que los acogió en el destierro y reconoció sus méritos académicos. El primero llegó hasta ser director de investigaciones y de carreras de la mencionada universidad, así como autor de leyes y asesor del parlamento costarricense.

Al retornar definitivamente a Guatemala -ya jubilado de la UNA- Guillermo se prodigó a la investigación y por añadidura a la redacción de artículos y ensayos para revistas especializadas, así como a la edición de libros sobre temas científicos. El primero: *Guatemala: Reforma Agraria* ha sido utilizado como libro de lectura en varios cursos del área de ciencias sociales en la Usac. Le siguieron: *Una Patria de Propietarios y no de Proletarios, El Universo Cafetalero, Chwa Nima Abaj: Mixco Viejo, La Máscara de Tekum, La Visión Encomendera de la Conquista, Revelaciones, Kaqchikela', Kají'Imox, Insurrectos*.

La Máscara de Tekum es uno de los libros más polémicos, pues Paz Cárcamo le resta credibilidad a la batalla de los quichés y hasta duda de la existencia del llamado héroe nacional. Para sustentar su tesis aplicó conocimientos históricos y de tácticas y estrategias de guerra.

Chwa Nima Abaj es la historia de la nación Kaqchikel y su ciudad sagrada (hasta no hace mucho llamada Mixco Viejo). Edición muy estética de 180 páginas, papel cuché, con capítulos en diferente color y una colección de fotos donde Paz Cárcamo refleja su



habilidad en el arte fotográfico. El lector, al finalizar la lectura textual y ver las fotografías, se siente motivado a ir al lugar de los hechos, donde, según el autor, se libró la batalla más importante del actual territorio guatemalteco durante la invasión. Después de esta obra y de las gestiones de Paz, Mixco Viejo se dejó de llamar así y retomó el nombre original: Chwa Nima Abaj.

Insurrectos es la obra testimonio donde comparte “algunos acontecimientos sucedidos en los años iniciadores del atrevimiento de soñar con un país y una sociedad, cuyos objetivos y valores se fundamentarían en la justicia social, en la equidad económica, en la democracia política y en la dignificación étnica de los pueblos mayas.” Guillermo fue uno de los que participaron en la fundación de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), en 1962. Durante más de diez años estuvo en batalla con el pseudónimo *el Patojo* hasta que fue hecho prisionero y después desterrado. Son 397 páginas con 40 breves capítulos, algunos con fotografías e ilustraciones, donde se narran hechos de los años 60-70, algunos hasta sorprendentes.

Guillermo era de muy buena plática, con él pasaban y pasaban las horas hasta que despuntaba el alba. Cuando tertulaba no le importaba que fueran pobres o ricos, niños o viejos, analfabetas o universitarios... él era de los que escuchaba y hablaba. Empinaba el codo pero con cultura, es decir con placer y moderación. Degustaba la comida con exquisitez... y máxime cuando eran sus viandas culturales como las pacayas forradas con huevo y remojadas con chirmol. ¿Cuántas veces lo vi frenar en los cruces de caminos cuando viajábamos y bajar las ventanas del vehículo para comprar tortillas con huevo duro, o con pacaya, o con loroco, o simplemente con frijoles? Y en seguida ¡SALUD!

Hubo un tiempo que acompañé a Guillermo a San Martín Jilotepeque, aparentemente por motivos culturales: pláticas con Marcial Díaz, Miguel Ángel Car y Ángel Elías. Nos dábamos unas comilonas de

zompopos de mayo y de anacates (hongos del encino). Pero la verdad era que el patojo se estaba enamorando de una joven ingeniera agrónoma que después sería su compañera de los últimos días: Lily Elías.

Perduré siendo amigo de Cárcamo porque, a pesar de provenir de la izquierda más radical y hasta a veces extremista, era un intelectual que no soslayaba el reconocimiento a las formas artísticas. De esa cuenta era un asiduo lector de Mario Vargas Llosa y hasta lo admiraba porque a su edad aún escalaba el Machu Picchu y tenía devaneos con la Preysler. A otro que leía y reconocía como un erudito era al español-guatemalteco Francisco Pérez de Antón.

Curiosamente fue con Guillermo con quien tuve la última reunión antes de la pandemia. El 13 de marzo de 2020 estábamos en Las Margaritas cuando vimos en la TV que se estaba registrando en el aeropuerto el primer infectado de covid-19. Ese día me dijo, entre otras cosas, que estaba acopiendo información para escribir un libro sobre la guerra en Guatemala. ¡Nos despedimos! Tanto él como yo nos metimos como niños a las nuevas formas digitales de comunicación: apachando un dedo por aquí y el otro por allá. Recuerdo que -en ese tiempo- después de haber leído *La Campesina* de Antonio Moravia y ver la película con la Loren, le envié el texto siguiente extraído del libro: “En realidad nuestras desdichas nos volvían indiferentes a las desgracias ajenas. Y más tarde he pensado que éste es seguramente uno de los peores efectos de la guerra: nos hace insensibles, endurece el corazón, mata la piedad”.

Cuando los compañeros del PEN-Guatemala enviaron la esquela y al final decía: DESCANSE EN PAZ. Me puse incómodo y les contesté que Guillermo y su obra jamás estarían en paz porque eso era claudicar a los principios. ¡Guillermo Antonio Paz Cárcamo seguirá insurrecto y luchando por una mejor Guatemala!